

parecía que iba á librar también de la prisión, por deudas, la memoria de su padre.

Al lado de este deber había otro; el de averiguar, si era posible, el origen de la fortuna de Cosette. La ocasión parecía brindársele. Tal vez Thénardier supiese algo. Tal vez fué útil sondear el interior de aquel hombre.

Por ahí comenzó.

Thénardier, después de guardarse en el bolsillo el "cucurucho de veras", miraba á Mario con una dulzura casi tierna.

Mario rompió el silencio.

—Thénardier, os he dicho vuestro nombre. Ahora, este vuestro secreto que veniais á revelarme, ¿queréis que os lo diga? Yo tengo también mis noticias, y vais á ver que estoy mejor enterado que vos. Juan Valjean, como habéis dicho, es asesino y ladrón. Es ladrón porque robó á un rico fabricante, siendo la causa de su ruina, al señor Magdalena. Es asesino, porque dió muerte al agente de policía Javert.

—No comprendo, señor barón—dijo Thénardier.

—Yo haré que me comprendáis. Oid. Vivía en un distrito del Paso de Calais, por los años de 1822, un hombre que había tenido algo que ver antiguamente con la justicia, y el cual, bajo el nombre de Magdalena, se había elevado y rehabilitado. Este hombre era un justo en toda la extensión de la palabra.

"Con una industria, la fabricación de abalorios negros, labró la fortuna de todo un pueblo. Por su parte, aunque secundariamente, y en cierto modo por casualidad, reunió también una riqueza considerable. Era el padre de los pobres. Fundaba hospitales, abría escuelas, visitaba á los enfermos, dotaba á las jóvenes, sostenía á las viudas, adoptaba á los huérfanos: era una especie de tutor del país. Se negó á admitir una cruz, y le nombraron alcalde. Un presidiario cumplido estaba en el secreto de cierta condena en que había incurrido en otro tiempo aquel hombre; le denunció, fué causa de que le prendiesen, y se aprovechó de su prisión para venir á París y hacer que el banquero Laffite (lo sé por el mismo cajero) le entregase, en virtud de una firma falsificada, una suma de más de medio millón de francos, que pertenecía al señor Magdalena. El presidiario que robó al señor Magdalena es Juan Valjean. En cuanto al otro hecho, nada tenéis que decirme que yo no sepa. Juan Valjean mató al agente Javert de un pistoletazo. Yo, que os estoy hablando, estaba allí presente".

Thénardier miró á Mario con ese ademán soberano del hombre derrotado que se repone para conseguir la victoria, y vuelve á ganar en un minuto todo el terreno perdido.

Mas no tardó en reaparecer su sonrisa; el inferior respecto al superior debe disimular modestamente el triunfo.

Thénardier se limitó á decir á Mario:

—Señor barón, nos hemos extraviado.

Y apoyó esta frase, haciendo girar con un expresivo molinete los pendientes del supuesto reloj.

—¡Cómo!—repuso Mario.—¿Lo dudáis? Se trata de hechos.

—O de quimeras. La confianza con que me honra el señor barón me impone el deber de decírselo así. Ante todo, la verdad y la justicia. No me gusta ver

que se acuse á nadie injustamente. Señor barón, Juan Valjean no ha robado al señor Magdalena, ni Juan Valjean ha matado á Javert.

—¡Mucho asegurar es ello! ¿Y cómo no?

—Por dos razones.

—¿Cuáles? Hablad.

—He aquí la primera: no ha robado al señor Magdalena, puesto que el señor Magdalena es el mismísimo Juan Valjean.

—¿Qué estáis diciendo?

—Y segunda: no ha asesinado á Javert, puesto que quien mató á Javert, es Javert mismo.

—¿Qué queréis decir?

—Que Javert se suicidó.

—¡Probádmelo! ¡Probádmelo!—gritó Mario fuera de sí.

Thénardier repitió, midiendo su frase á la manera de los antiguos alejandrinos:

—El-agen te de poli cía Ja vert fué encon-tra-do-aho-gado-deba jo-de-una-banca en el Pont au-change.

—¡Pero, probádmelo!

Thénardier sacó del bolsillo del pecho un gran rollo de papel gris que parecía contener varios pliegos doblados de diferentes tamaños.

—Tengo mi expediente en regla—dijo con calma.

Y añadió:

—Señor barón, en interés vuestro, he tratado de conocer á fondo á Juan Valjean. Repito que Juan Valjean y el señor Magdalena son un hombre mismo, y que Javert no tuvo otro asesino que Javert; y cuando así os lo digo, es porque tengo pruebas. No pruebas manuscritas; lo escrito es sospechoso, lo escrito es complaciente, sino pruebas impresas.

Y así diciendo, entresacaba Thénardier de su legajo dos números de periódicos ya amarillos, ajados y oliendo fuertemente á tabaco.

Uno de aquellos números, roto por los dobleces y casi deshaciéndose en pedazos cuadrados, parecía mucho más antiguo que el otro.

—Dos hechos, dos pruebas—dijo Thénardier.

Y alargó á Mario los dos periódicos desdoblados.

El lector los conoce ya. Uno, el más antiguo, era un número de la "Bandera Blanca" del 25 de Julio de 1833, cuyo texto ha podido verse en la segunda parte de este libro, el cual establecía la identidad de Magdalena y Juan Valjean.

Era el otro periódico un "Monitor" del 15 de Julio de 1832, en que constaba el suicidio de Javert, añadiendo que resultaba de un informe verbal del mismo Javert al prefecto, que, hecho prisionero en la barricada de la calle de la Chanvrerie, había debido la vida á la magnanimidad de un insurrecto, que, teniéndole bajo su pistola, en vez de levantarle la tapa de los sesos, había disparado al aire.

Mario leyó.

Había allí evidencia, certeza perfecta, prueba irrefragable; aquellos dos periódicos no se habían impreso expresamente para apoyar los asertos de Thénardier; la nota publicada en el "Monitor" había sido comunicada oficialmente por la prefectura de policía. Mario no podía dudar.



Las noticias del dependiente de Laffite eran falsas, y él, él mismo se había equivocado.

Juan Valjean, engrandecido de súbito, salía de la nube. Mario no pudo contener un grito de alegría.

—¡Entonces ese desgraciado es un hombre admirable! ¡Entonces ese caudal era verdaderamente suyo! ¡Es Magdalena, la providencia de toda una comarca! ¡Es Juan Valjean, el salvador de Javert! ¡Es un héroe! ¡Es un santo!

—Ni héroe ni santo—contestó Thénardier,—sino asesino y ladrón.

Añadiendo con el tono del que empieza á sentirse con cierta autoridad:

—Procedamos con calma.

Ladrón, asesino; estas palabras que Mario creía desaparecidas, y que surgían de nuevo, cayeron sobre él como una ducha de nieve.

—¡Todavía!—exclamó.

—Siempre—contestó Thénardier.—Juan Valjean no robó á Magdalena, pero es un ladrón; no ha muerto á Javert, pero es un asesino.

—¿Habláis acaso—repuso Mario—de aquel miserable robo de hace cuarenta años, expiado, como resulta de estos mismos periódicos, por toda una vida de arrepentimiento, de abnegación y de virtud?

—Digo asesinato y robo, señor barón, y repito que hablo de hechos recientes. Lo que tengo que revelaros, absolutamente desconocido, es inédito. Y quizá encontréis en ello el origen del caudal hábilmente ofrecido por Juan Valjean á la señora baronesa. Digo hábilmente, porque no prueba torpeza de parte suya eso de introducirse, por medio de semejante donativo, en una casa respetable, participando de sus comodidades, y al propio tiempo ocultar su crimen, disfrutar de lo robado, encubrir su nombre y crearse una familia.

—Pudiera interrumpiros—observó Mario;—pero continuad.

—Señor barón, voy á decirlo todo, dejando la recompensa á vuestra generosidad. Este secreto vale oro macizo. Vos me diréis, ¿por qué no te has dirigido á Juan Valjean? Por una razón muy sencilla. Sé que se ha desappropriado... y desappropriado en favor vuestro, combinación que me parece ingeniosa; pero ya no posee un sueldo, y él me enseñaría sus manos vacías; y como necesito algún dinero para emprender mi viaje á Joya, os prefiero á vos que lo tenéis todo, á él que nada vale ya. Estoy algo fatigado, permitidme que tome una silla.

Mario se sentó y le indicó que podía sentarse.

Thénardier se arrellanó en una silla de tapicería, recogió los dos periódicos, los envolvió en el rollo, y marcando con la uña la "Bandera Blanca", dijo á media voz:

—¡Este sí que me ha costado trabajo de encontrar!

Cruzó luego ambas piernas y se arrellanó de espaldas, en actitud propia del que se cree seguro de lo que dice. Entrando luego en materia, continuó gravemente y acentuando la frase:

—Señor barón, el 6 de Junio de 1832, hace apenas un año, el día del motín, se encontraba un hombre en la Gran Cloaca de París, por el lado donde la alcantarilla desemboca en el Sena, entre el puente de Jena y el de los Inválidos.

Mario acercó bruscamente su silla á la de Thénardier. Este notó el movimiento, y continuó con la lentitud de un orador que es dueño de su auditorio, y que siente las palpitations del adversario á cada una de sus palabras:

—Ese hombre, á fuerza de esconderse, por razones ajenas á la policía, había elegido la alcantarilla para domicilio, y tenía una llave de la reja.

Era, repito, el 6 de Junio; podían ser como las ocho de la tarde. El hombre oyó ruido en la alcantarilla; por lo que, muy sorprendido, se acurrucó poniéndose á espiar. Era ruido de pasos; alguien caminaba por entre las tinieblas, adelantándose hacia aquel lado. Cosa extraña: haber otro que él en la alcantarilla. La reja de salida no estaba lejos, y la escasa luz que entraba por ella le permitió reconocer al recién venido, y ver que llevaba algo áuestas. Andaba casi doblado. Y aquel hombre que de aquel modo caminaba encorvado, era un antiguo presidiario, y lo que llevaba sobre sus hombros era un cadáver. Flagrante delito de asesinato, si le hubo jamás.

“En cuanto al robo, el mismo hecho lo estaba diciendo; no se mata de balde á ningún hombre.

“El presidiario iba á arrojar aquel cadáver al río. Conviene advertir que, antes de llegar á la reja de salida, el presidiario, que venía de lejos por lo interior de la alcantarilla, debió forzosamente tropezar con un hundimiento espantoso, donde parece que hubiera podido dejar el cadáver; pero al día siguiente los poceros, trabajando en aquel hundimiento, habrían descubierto al hombre asesinado; lo cual no entraba sin dudá en los cálculos del asesino. Prefirió atravesar el cenagal con su carga, y sus esfuerzos debieron ser horriblos. Es imposible arriesgar más por completo la vida; no comprendo cómo acertó á salir de allí vivo”.

La silla de Mario se acercó más aún, y Thénardier aprovechó este segundo movimiento para respirar á sus anchas. Luego prosiguió:

—Señor barón, una alcantarilla no es el Campo de Marte. Allí todo falta, hasta sitio. Así es que cuando la ocupan dos hombres, es preciso que se encuentren. Esto fué lo que sucedió.

“El domiciliado y el transeunte tuvieron que darse los buenos días, sin ganas por parte de uno ni otro. El transeunte dijo al domiciliado: “Ves lo que llevo áuestas, es preciso que salga de aquí; tienes la llave, dámela”. El presidiario era hombre de extraordinarias fuerzas, y no había medio de resistirle. Sin embargo, el que poseía la llave parlamentó, únicamente para ganar tiempo. Examinó al muerto; más sólo pudo averiguar que era joven, de buena apostura, aire de persona rica, y que estaba completamente desfigurado por la sangre. Y así hablando, halló medio de desgarrar y arrancar, sin que lo advirtiese el asesino, un pedazo de faldón de la levita del hombre asesinado. Pieza de convicción, ¿entendéis? medio para descubrir la pista y probarle al criminal su crimen. Guardóse en el bolsillo la pieza de convicción; después de lo cual abrió la reja, dejó salir al presidiario con su estorbo áuestas, volvió á cerrar la reja y se puso en salvo, no cuidando de seguir el desenlace de la aventura, y sobre todo no queriendo estar allí cuando el asesino arrojase al asesinado al río.

“¿Me comprendéis ahora? el que llevaba el cadáver era Juan Valjean; el que tenía la llave os está hablando en este momento; y el pedazo de levita...”

Thénardier acabó la frase sacando del bolsillo y sosteniendo á la altura de los ojos, cogido entre sus dos pulgares y sus dos índices, un jirón de paño negro rasgado, y lleno de manchas oscuras.

Levantóse Mario, pálido, respirando apenas, con la vista fija en el pedazo de paño negro; y sin pronunciar una palabra, sin apartar los ojos de aquel harapo,



retrocedió hacia la pared, con la mano derecha extendida detrás de sí, buscando á tientas una llave puesta en la cerradura de una alacena, cerca de la chimenea.

Encontró la llave, abrió la alacena é introdujo el brazo sin volver el rostro ni separar su pupila asustada, del harapo que Thénardier tenía desplegado.

Sin embargo, Thénardier continuó diciendo:

—Señor barón, me asisten grandes razones para creer que el joven asesina-



do era un extranjero opulento, atraído por Juan Valjean á una emboscada, y portador de una suma enorme.

—¡El joven era yo, y aquí está la levita!—gritó Mario, arrojando en el suelo una vieja levita negra, completamente manchada de sangre.

Luego, arrancando el jirón de manos de Thénardier, se inclinó sobre la levita y aplicó al faldón roto el pedazo arrancado. Lo desgarrado se adaptaba exactamente, y el jirón completaba la levita.

Thénardier estaba petrificado, y dijo para sí: “Me aplastó”.

Levantóse Mario tembloroso, desesperado, radiante.

Metió la mano en su bolsillo, y se dirigió furioso hacia Thénardier, presentándole y casi apoyando sobre su rostro el puño lleno de billetes de quinientos y de mil francos.

—¡Sois un infame, un embustero, un calumniador, un malvado! Veníais á acusar á este hombre, y le habéis justificado; queríais perderle, y sólo habéis conseguido glorificarle. ¡Vos sois el ladrón! ¡Vos sois el asesino! A vos, Thénardier, á vos, Jondrette, os he visto yo mismo en la casucha del boulevard del Hospital. Y sé de vos lo suficiente para mandaros á presidio, y más alto aún, si quiero. ¡Tomad esos mil francos, gran canalla!

Y arrojó un billete de mil francos á Thénardier.

—¡Ah! ¡Jondrette, Thénardier, vil impostor! ¡Que os sirva esto de lección, chalán de secretos, mercader de misterios, desenterrador de tinieblas, miserable! ¡Tomad otros quinientos francos, y salid de aquí! Waterloo os proteje.

—¡Waterloo!—murmuró Thénardier, guardándose los quinientos francos junto con los mil primeros.

—¡Sí, asesino! Allí salvaste la vida á un coronel...

—A un general—dijo Thénardier levantando la cabeza.

—¡A un coronel!—replicó Mario colérico. Yo no daría un ochavo por un general. ¡Y venís aquí á cometer infamias! Os digo que habéis cometido todos los crímenes. ¡Salid! ¡Quitaos de mi vista! Sed feliz al menos, es cuanto deseo. ¡Ah monstruo! He aquí otros tres mil francos. Tomadlos, y partid mañana mismo para América, con vuestra hija, porque vuestra mujer ha muerto, despreciable embustero. Yo vigilaré vuestra partida, bandido, y en el momento de salir, os daré todavía veinte mil francos. ¡Id á que os ahorquen á otra parte!

—Señor barón, respondió Thénardier, inclinándose hasta el suelo, gratitud eterna.

Y salió de la casa, sin comprender una palabra, atónito y contento de verse dulcemente abrumado bajo sacos de oro, y de aquella tormenta que descargaba sobre su cabeza en billetes de Banco.

Iltrido por el rayo y satisfecho, ¡cuánto hubiera sentido Thénardier estar al abrigo de un pararrayos contra semejantes descargas!

Concluyamos de una vez con este personaje, y digamos cuál fué su paradero.

Dos días después de los sucesos que vamos refiriendo, salió, gracias á Mario, para América, bajo un nombre supuesto, y en compañía de su hija Azelma, provisto de una letra de cambio de veinte mil francos sobre Nueva York.

La miseria moral de Thénardier, del caballero fingido, era irremediable; fué en América lo que había sido en Europa. El contacto de un hombre perverso basta á veces para bastardear una buena acción, haciendo salir de ella una cosa mala. Con el dinero de Mario, Thénardier se hizo negrero.

En cuanto Thénardier estuvo en la calle, corrió Mario al jardín donde Cosette estaba paseando todavía.

—¡Cosette! ¡Cosette!—la gritó.—¡Ven! ¡Ven pronto! Marchemos. ¡Vasco, un coche! Ven, Cosette. ¡Ay Dios mío! ¡El es quién me había salvado la vida! ¡No perdamos un minuto! Ponte el chal.

Cosette le creyó loco, pero obedeció.



Mario no respiraba; llevaba la mano al corazón para comprimir los latidos, iba y venía á grandes pasos, abrazaba á Cosette.

—¡Ay Cosette!—la decía.—¡Soy un desgraciado!

Estaba desalentado; comenzaba á entrever en aquel Juan Valjean una grande y sombría figura. Aparecíasele una virtud inaudita, suprema y dulce, humilde en su inmensidad. El presidiario se transfiguraba en Cristo; semejante prodigio deslunbraba á Mario. No sabía precisamente lo que veía, pero sí que era grande.

A los pocos minutos un coche estuvo delante de la puerta.

Mario hizo subir á Cosette, y se precipitó en seguida dentro.

—Cochero—dijo,—calle del Hombre Armado, número 7.

Partió el coche.

—¡Ah, qué felicidad!—exclamó Cosette.—A la calle del Hombre Armado. No me atrevía á hablarte de ella. Vamos á ver al señor Juan.

—¡A tu padre, Cosette! Tu padre, más que nunca. Ahora adivino, Cosette. Me dijiste no haber recibido la carta que te mandé con Gavroche. Cayó sin duda en sus manos, y fué á la barricada para salvarme. Como en él es una necesidad el ser un ángel, de paso salvó á otros también; salvó á Javert. Me arrancó de aquel abismo para entregarme á tí. Me llevó sobre sus hombros por dentro de la horrible cloaca. ¡Ah! Soy un monstruo de ingratitud. Cosette, después de haber sido él tu providencia, fué la mía. ¡Figúrate que había allí un espantoso hundimiento, para ahogarse mil veces, para ahogarse en cieno, Cosette. ¡Y lo atravesó conmigo á cuestas! Yo estaba desmayado, no veía, no oía, no podía saber nada de mi propia aventura. Vamos á traérmole á casa, á tenerle con nosotros, que quiera ó no; no ha de volver á separarse de nuestro lado. ¡Con tal que esté! ¡Con tal que le encontremos! Pasaré el resto de mi existencia venerándole.

“Sí, así debió ser; ya lo ves, Cosette. A él fué á quien entregaría mi carta Gavroche. Todo se explica... ¿Comprendes?”

Cosette no entendía una palabra.

—Tienes razón—le dijo.

Entre tanto, el coche iba corriendo.

V

#### Noche tras de la cual se encuentra el día.

Al golpe que oyó sonar en la puerta, volvióse Juan Valjean.

—Adelante—dijo débilmente.

Abrióse la puerta, y aparecieron Cosette y Mario.

Cosette se precipitó en el cuarto.

Mario permaneció en el umbral, de pie y apoyado contra el quicio de la puerta.

—¡Cosette!—exclamó Juan Valjean.

Y se incorporó en la silla, con los brazos abiertos y trémulos, lívido, siniestro, con una alegría inmensa en los ojos.

Cosette, sofocada por la emoción, cayó sobre el pecho de Juan Valjean, exclamando:

—¡Padre!

Juan Valjean, fuera de sí, tartamudeaba:

—¡Cosette, ella! ¡Vos, señora! ¡Eres tú! ¡Ay Dios mío!

Y sintiéndose estrechar entre los brazos de Cosette, exclamaba:

—¡Eres tú! ¡Sí, tú eres! ¡Me perdonas, entonces!



Mario, bajando los párpados para contener sus lágrimas, dió un paso, y murmuró entre sus labios contraídos convulsivamente para no dar salida á los sollozos:

—¡Padre mío!

—¡Y vos también, vos me perdonáis!—dijo Juan Valjean.

Mario no acertó á encontrar palabras para contestar, y Valjean añadió:

—Gracias.

Cosette se quitó el chal y el sombrero, arrojándolos sobre la cama.

—Esto me molesta—dijo.